

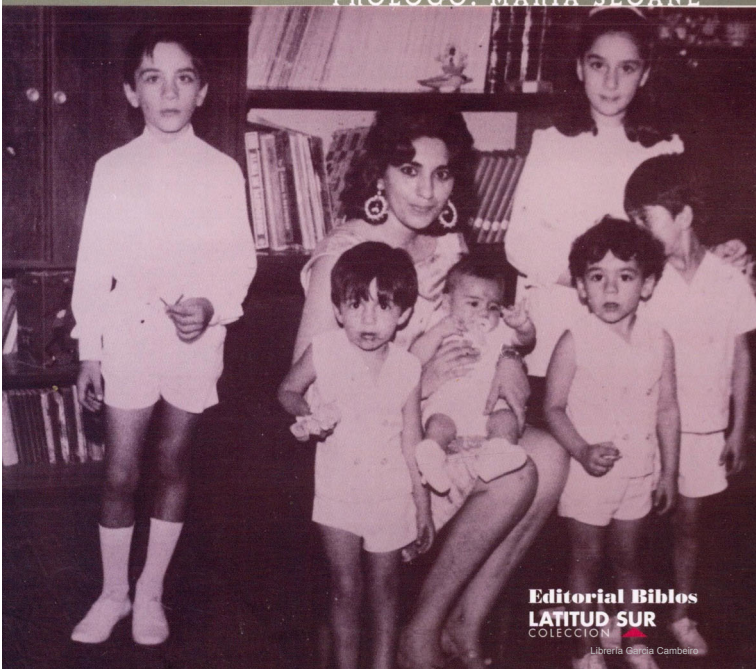


DEMIÁN VERDUGA

ANTES DE QUE SE VUELVAN MARIPOSAS

La historia del secuestro de la
familia Forti en febrero de 1977

PRÓLOGO: MARÍA SEOANE



Editorial Biblos
LATITUD SUR
COLECCIÓN

Librería García Cambreiro

Prólogo

La sangre derramada en las tragedias es indeleble: las vidas segadas tienen la tenacidad de lo imborrable. Luego, treinta y cinco años más tarde —el tiempo memorial se mide en la capacidad de las sociedades de mirarse a sí mismas para entender lo ocurrido—, un periodista, Demián Verduga, y un sobreviviente, Alfredo Forti, encandilan contándonos esta historia. El periodista, con la maestría narrativa de los grandes de la crónica y la novela negra —como Dashiell Hammett y Rodolfo Walsh— y el sobreviviente, con la obsesión por los detalles que, en todo caso, revelarían si no lo central —el destino de su madre desaparecida—, la trama hasta ahora desconocida de un crimen que ocurrió durante la dictadura que asoló la Argentina desde 1976, bajo la señal de la cruz. No todos los destinos que acá se relatan tienen la linealidad binaria de “los buenos y los malos”. Si hay una atribución definida en las tragedias humanas es lo paradójico. El destino, como la fuerza de las cosas, lleva a los protagonistas a lugares que se intercambian como víctimas y victimarios en el largo camino de la memoria y la justicia.

Nada terminó —nos contará ese destino— como comenzó aquel febrero de 1977, cuando el joven Forti de dieciséis años y sus cuatro hermanos, el menor de ocho años, salían al exilio

junto con su madre Nélida Sosa para encontrarse con su padre, el médico cirujano tucumano Alfredo Forti, ya exiliado en Venezuela. Su hermana mayor, Silvana, no viajaba con ellos. Pero cuando estaban por partir en el vuelo 284 de Aerolíneas Argentinas con destino a Caracas, fueron secuestrados en el avión por una patota del régimen que los envió al reino mortal del general Ramón Camps, recluidos en el pozo de Quilmes, bajo la atenta mirada del obispado de La Plata, entonces a cargo de monseñor Antonio Plaza. Desde Caracas, Forti padre movió cielo y tierra. Sobre todo, cielo: un gran amigo de la familia, un hombre de la Iglesia venezolana, se ofreció a hacer gestiones y llegó hasta el vicario castrense argentino, monseñor Emilio Teodoro Graselli, que hizo (como se supo años después) una ficha, entre las 2.500 que dijo juntar esos años con los datos que familiares de desaparecidos entregaban de buena fe a un religioso para salvar a sus seres queridos, con los datos de la familia Forti. Graselli cumplió la promesa de salvar a los niños: los dejaron atados a árboles con capuchas en un barrio porteño, y luego los acompañó al aeropuerto con los salvoconductos para Venezuela donde los esperaba su padre, pero Nélida Sosa nunca apareció.

La conversación del joven Forti con su madre antes de que los separaran es una página antológica sobre el amor. El joven Forti estudió relaciones internacionales en Estados Unidos y trabajó allí en organismos multilaterales. Entre 2004 y 2007 fue embajador argentino en Honduras. Entre 2007 y 2011, durante la gestión de Nilda Garré, fue secretario de Asuntos Internacionales del Ministerio de Defensa. Forti hijo nunca dejó de investigar el destino de su madre. Monseñor Graselli fue acusado de encubrimiento en delitos de lesa humanidad por numerosos casos. Su gestión reveló la complicidad y el poder de la jerarquía de la Iglesia Católica argentina con el Estado terrorista.

Treinta y cinco años después, nada terminó como había comenzado: en diciembre de 2011, Forti juró en el salón San

Prólogo

Martín del edificio Libertador –donde lo hicieron también Jorge Rafael Videla y la cúpula golpista en 1976– continuar al frente de su trabajo, bajo la gestión del ministro Alfredo Puricelli. Y cuando Forti juró “Por la patria, mi madre y los treinta mil desaparecidos” la historia lo devolvió de repente a la misma emoción aluvional de aquel adiós que se supieron decir él y su madre una noche oscura que tendría, aunque no lo supieran, la paradoja del final.

MARÍA SEOANE

Buenos Aires, verano de 2013



ANTES DE QUE SE VUELVAN MARIPOSAS

La historia del secuestro de la familia Forti en febrero de 1977

Este libro es la historia del secuestro de Nélida Sosa de Forti y cuatro de sus cinco hijos en febrero de 1977. Días después los niños aparecieron en un barrio porteño; Nelly continúa desaparecida.

Dice María Seoane en su prólogo: “La sangre derramada en las tragedias es indeleble: las vidas segadas tienen la tenacidad de lo imborrable. Luego, treinta y cinco años más tarde, un periodista, Demián Verduga, y un sobreviviente, Alfredo Forti, encandilan contándonos esta historia. El periodista, con la maestría narrativa de los grandes de la crónica y la novela negra –como Dashiell Hammett y Rodolfo Walsh– y el sobreviviente, con la obsesión por los detalles que revelarían si no lo central –el destino de su madre desaparecida– la trama hasta ahora desconocida de un crimen que ocurrió durante la dictadura que asoló la Argentina desde 1976, bajo la señal de la cruz. No todos los destinos que acá se relatan tienen la linealidad binaria de «los buenos y los malos». Si hay una atribución definida en las tragedias humanas es lo paradójico. El destino, como la fuerza de las cosas, conlleva a los protagonistas a lugares que se intercambian como víctimas y victimarios en el largo camino de la memoria y la justicia.

“Cuando en diciembre de 2011 Alfredo Forti, actual funcionario en el Ministerio de Defensa, juró en su cargo «Por la patria, mi madre y los treinta mil desaparecidos», la historia lo devolvió de repente a la misma emoción aluvional de aquel adiós que se supieron decir él y su madre una noche oscura que tendría, aunque no lo supieran, la paradoja del final.”

Demián Verduga nació en Buenos Aires en 1974. Estudió música y desde 2007 se dedica al periodismo. Fue subeditor de política en el semanario *Miradas al Sur*. Actualmente es redactor en la sección política del diario *Tiempo Argentino*, columnista en Radio Nacional y colaborador de la revista *Caras y Caretas*.